

subterráneos ignorados para asolar la provincia, y en consecuencia de esta idea fueron á observarlos diferentes veces y en varias horas del dia y de la noche; pero habiendo advertido que no hacian ni torres, ni murallas, sino celdillas de solitarios, y que no se ocupaban mas que en la oracion y en cantar salmos, la desconfianza y los temores se convirtieron en veneracion. Mas ni aun aquí los dejaron tranquilos los monges de Cluny, porque pretendieron que el priorato de Nogent tenia derechos sobre aquel terreno, lo cual obligó á Bernardo, mas bien que á entrar en una disputa, á abandonarle con los edificios construidos y á volver á edificar cerca de allí, en una tierra que le dieron los canónigos de Chartres.

Tal fué el origen de la congregacion de Tiron, que en poco tiempo contó hasta cien celdas ó prioratos de monges bajo su dependencia. A los tres años de su fundacion, se vió Bernardo con quinientos discípulos, de los cuales conservó trescientos junto á sí, y repartió los demas por diferentes casas á doce en cada una. Su reputacion se esparció por toda la estension de las Galias, y aun llegó á las provincias ultramarinas, de suerte que el rey de Inglaterra y el de Escocia, igualmente que el de Francia, el duque de Aquitania, el conde de Anjou, los de Gloucester y Warwick, y una infinidad de ilustres personajes le hicieron como á porfia regalos, y le rindieron grandes honores. Algunos fueron en persona á visitarle y admirar sus raras virtudes; sin embargo, nunca abandonó su modestia, ni mitigó sus austeridades admirables, ni aun en su última hora. Murió en Tiron el 14 de abril de 1117.

Vidal de Mortain, otro compañero de Roberto en la vida regular y en las funciones apostólicas, habia sido al principio capellan de Roberto, conde de Mortain, y canónigo de San Eyrout de la misma ciudad;

y despues de haber trabajado con fruto en la salvacion de los fieles, se dedicó al perfeccionamiento de las almas inspiradas de una gracia particular. Apenas se habia establecido con Bernardo de Tiron en la isla de Chausey en la costa de Normandía, cuando llegaron unos piratas que robaron la capilla, y profanaron los vasos sagrados con tal impiedad, que le llenó de un indecible horror, por lo que huyó de allí como de un lugar de maldicion, y se retiró á la selva de Savigni en el continente, donde poco despues por las liberalidades del conde de Fougères edificó un monasterio considerable, en que con las observancias conocidas en Europa estableció los usos de una austeridad en todo particular, y en poco tiempo la reputacion de Savigni movió á un gran número de prioratos y abadías á abrazar esta reforma.

Raoul de la Fustaye, compañero tambien de Roberto de Arbrisel, se consagró principalmente á la direccion de las mugeres, y logró que el conde Alain-Fergeant fundase en la ciudad de Rennes el rico monasterio de San Sulpicio, del que fué la primera abadesa la princesa María. Fulco, conde de Angers y de Mans, estableció bien pronto junto al rio Mayne el priorato de la Fuente de San Martin, y á su ejemplo otros varios señores fundaron tambien muchas casas que dependieron de San Sulpicio.

Por mas que se estendiese la fama de tantas instituciones piadosas, ninguna produjo frutos de salud mas abundantes, ó por lo menos mas duraderos, que la del Cister desde el tiempo de San Bernardo de quien ha tomado el nombre (1). Sin embargo, no hacia mas de quince años que se habia establecido (1098) y estaba reducida todavia al pequeño número de aquellos primeros celosos varones con que empezó. Los que veian un

(1) *Evord. Cist. cap. 10 et seq.*

modo de vivir tan extraordinario, y aun los que solo oian hablar de él, la miraban como una empresa superior á las fuerzas humanas en que el fervor mismo de sus fundadores no dejaria de desfallecer. San Roberto, primer abad de Molemo (1075) en la diócesis de Langres, no habia preferido á este establecimiento ventajoso los pantanos incultos del Cister, de donde fué instituido abad por el obispo de Chalons, sino para hacer florecer aquí sin ninguna alteracion la regla de San Benito y toda la perfeccion de los primeros cenobitas; pero llamado de nuevo á Molemo por aquellos mismos monges que le habian reducido á abandonarlos por no querer admitir la reforma, y obligado á volver por el Sumo Pontífice, dejó en el Cister veinte religiosos que habian hecho voto de estabilidad, y que eligieron por abad al bienaventurado Alberico.

El espíritu de Roberto se quedó entre ellos, á pesar de su ausencia, y así proscribieron todas las relajaciones que el regalo ó la vanidad habian sustituido á los puntos de la regla y á los usos primitivos. Las pellicas, las caperuzas, las capillas y toda superfluidad en los vestidos; las telas finas en las camas y en las demas ropas, el guisado de los manjares hecho con manteca, se reputaron prácticas contrarias á la regla antigua, y aun se desterró del culto divino todo lo que tenia visos de opulencia, como los vasos magníficos de oro ó de plata, la seda y los bordados. Considerando tambien que en la antigua distribucion de los bienes eclesiásticos en cuatro partes, no habian sido comprendidos los monges que podian vivir con su trabajo cultivando algunas tierras y manteniendo en ellas rebaños, no quisieron recibir diezmos, ni altares dotados, ni aldeas, ni siervos, ni molinos feudales (1), esceptuando solo las tierras lejanas de la ha-

(1) *C. 13.*

bitacion de los hombres para poner en aquella especie de cortijos ó granjas hermanos conversos y no monges, los cuales no debian respirar sino el aire del claustro; de donde se infiere que estos hermanos no eran propiamente monges, y así llevaban la barba larga como señal de no ser destinados á la clericatura, de lo cual les vino el nombre de hermanos barbones ó barbudos. La separacion del mundo y de la disipacion fué en el Cister, del mismo modo que entre los primeros discípulos de San Benito, el artículo más esencial, de modo que se resolvió no fundar monasterios sino lejos de las ciudades y de las aldeas, no tener en cada casa mas que doce monges con el abad, y no permitir que las mugeres pusiesen los pies en sus iglesias. No obstante, se hizo una variedad en una de las prácticas de San Benito, que fué la de llevar hábito blanco; pero se hizo por mandato de la Madre de Dios, segun es tradicion en la orden, y como simbolo de un ofrecimiento especial á esta Reina de las vírgenes. Las murmuraciones que por tan pequeña causa se suscitaron entre los demas monges, dieron á la austeridad del nuevo instituto un aspecto aún mas desagradable en la estimacion general.

Para triunfar de esta equivocada opinion, era necesario un hombre dotado de aquel ascendiente de ingenio, á cuyo imperio todos los demas hombres se someten de un modo como irresistible. En tanto que en el Cister lloraban delante de Dios por causa del corto número de sus hijos, pidiéndole una santa fecundidad, la Providencia preparaba á esta casa en el jóven Bernardo, nacido cerca de Dijón en el pueblo de Fontaine, aquel niño extraordinario que debia ser padre de tantos monges. Era hijo de Tescelino, señor del lugar, y de Aletha, de la casa de Montbard, uno y otra tan distinguidos por sus virtudes como por su clase y familia, que era de las mas ilustres de la Bor-



goña. Aletha en especial miraba con una fé tan viva todas las obligaciones de una madre cristiana, que habiéndola dado el cielo siete hijos, seis de ellos varones, quiso criarlos por sí misma temiendo que tomasen con una leche estraña algunas semillas de corrupcion capaces de infestar el tierno depósito que la confiaba el Criador. Advertida por un hombre piadoso que pareció tener espíritu de profecía, de que Bernardo, el tercero de sus hijos, estaba destinado á servir con mucha utilidad á la Iglesia, puso un cuidado muy particular en su educacion, y sin perder tiempo alguno le dedicó á los estudios, en los que no tardó en anunciar toda la estension y claridad de sus talentos. Sus costumbres y modales le hacian todavia mas apreciable. Tenia estremado horror á los placeres peligrosos de su edad, daba á los pobres todo el dinero que podia haber, amaba el retiro y la oracion, hablaba poco y reflexionaba mucho, sin que su reserva tuviese nada de incivil; pues al contrario, se manifestaba en todas ocasiones dulce, cortés, afable y modesto en sumo grado. Su madre veia con el mayor gusto aumentarse tantas felices disposiciones en el corazon de este niño precioso. cuando la muerte la arrebató, teniendo Bernardo unos catorce años de edad.

Poco despues entró en el mundo que no podia menos de sonreirle y poner á su inocencia lazos tanto mas peligrosos, quanto á las buenas cualidades del alma unia los atractivos de la buena figura (1). Una dama, en cuya casa se alojó un dia, le cobró una pasion tan viva, que ella misma le allanaba todos los obstáculos del crimen; pero no hizo mas que escitar su execracion, pues Bernardo dió tan grande grito de sobresalto como si se hubiese encontrado con un ladrón dispuesto á robarle un tesoro mas pre-

(1) Gull. Vit. S. Bernard. lib. 1, cap. 2 et 3.

cioso que su vida. Hacia tanto aprecio de esta virtud angélica, que habiendo otro dia mirado con demasiada atencion á una muger fué inmediatamente á meterse en un estanque helado, donde permaneció hasta que hubo extinguido la última chispa de la llama encendida por su imprudencia; y conociendo que su corazon era naturalmente afectuoso, hizo desde entonces un pacto irrevocable con sus ojos de no mirar de frente á ninguna muger.

Los escollos de que veia lleno el mundo le inspiraron el designio de ocultarse de él, y no encontró asilo mas seguro que el Cister. La regularidad y la austeridad de aquella nueva observancia, que eran para todos una causa de desvío, tuvieron para él un atractivo irresistible. Habiendo tomado decididamente, aunque en secreto, la resolucion de abrazarla, sus hermanos y los amigos que lo llegaron á entender, no omitieron medio alguno para desviarle de este pensamiento, y consiguieron por el pronto trastornarle; pero el recuerdo de su santa madre reanimó su flaqueza: se la representaba como indignada de su cobardía, y reconviéndole con los cuidados de una educacion que no habia tenido otro objeto que el servicio del Señor. Ocupado enteramente de esta idea entró en una iglesia y se puso á orar deshecho en lágrimas: á los pocos momentos se sintió de tal modo fortificado en su primer designio, que trabajó inmediatamente en inspirarle á los demas, empezando por las personas que á él se habian manifestado mas opuestas.

La elocuencia patética y persuasiva que le era natural, con la uncion de la gracia que destilaba de sus labios, triunfó muy pronto de los mayores obstáculos. Todos sus hermanos, á escepcion del mas jóven que dejó para consuelo de su padre en su vejez, y aun su tio Gualderico de Tuillon, señor poderoso y no menos celebrado por su madu-

rez en la conducta que por su valor, fueron casi tan pronto vencidos como invitados. Las riquezas y las grandezas fantásticas del siglo, la quimera todavia mas imponente de los temores y de las esperanzas humanas, fueron holladas valetosamente, y no sirvieron de obstáculo los lazos mas tiernos á que algunos se hallaban sujetos. La afligida esposa del hermano mayor convirtió bien pronto su desconsuelo y sus lágrimas en emulacion, y se consagró tambien al Señor. Además de sus parientes, ganó Bernardo multitud de amigos ilustres, entre los cuales, Hugo, de la casa de Macon, fué el que al principio dió mas que hacer á su celo, pero que luego manifestó mas ánimo en la perseverancia de su vocacion, é hizo tan rápidos progresos en la carrera de todas las virtudes, que fué instituido primer abad de Pontigni, de donde mereció ser elevado á la Silla episcopal de Auxerre. En fin, las conquistas religiosas de Bernardo fueron tan ruidosas y en tan grande número, que las madres ocultaban á sus hijos por temor de que le siguiesen, y las mugeres impedian á sus maridos que le hablasen. De este modo aun antes de entrar en el Cister habia reunido ya mas de treinta prosélitos, la mayor parte de ilustre nacimiento.

Como muchos de ellos tenian negocios que terminar antes de dejar el mundo, su prudente gefe, temiendo que se resfriase su fervor, les persuadió á vivir entretanto juntos en Chatillon del Sena, en una misma casa, que fué como el primer noviciado bajo el hábito secular. Despues de pasados seis meses de este modo, rotos ya todos los lazos, y llegado el momento de consumir su sacrificio, marcharon todos juntos al Cister (1115). Antes de esto pasaron los cinco hermanos á la casa paterna á pedir la bendicion de su padre; y Guido, el mayor de la familia, viendo al salir al mas jóven llamado Nivard jugando en la calle con

otros niños de su tiempo: «hermanito mio, le dijo, tú quedas único heredero, porque nosotros te dejamos todos nuestros bienes.»—«Bien sabeis lo que haceis, respondió el niño; los bienes del cielo para vosotros, y los de la tierra para mí: ¡buena igualdad por cierto en la particion!» Nivard quedó no obstante con su padre hasta que estuvo en edad de consagrarse al Señor; pero entonces ni parientes ni amigos pudieron impedirle que fuese á reunirse con sus hermanos. Su hermana Humbelina y Tescelino su padre abrazaron tambien despues el estado monástico.

El bienaventurado Alberico, abad del Cister, habia muerto ya hacia cuatro años, y habiéndole sobrevivido poco tiempo San Roberto en el gobierno de Molemo, que le habian obligado á tomar de nuevo, Esteban, sucesor de Alberico, se hallaba abandonado á sus propios consejos en la escasez de individuos que continuaba sufriendo el nuevo instituto, cuando Bernardo, al frente de su numerosa y floreciente recluta, llegó en el año de 1115, á los veintidos de su edad, á pedirle la gracia de hacer bajo su mando la guerra á los vicios y á las vanidades del mundo, y fué recibido como un ángel del cielo, enviado para la prosperidad de aquel establecimiento.

El aprendiz de la vida religiosa fué bien pronto el modelo de todos; pero aunque fueron grandes sus progresos en los primeros pasos, jamás aflojó en su marcha. Si el peso de una carne corruptible cargaba alguna vez al espíritu, para hacer á este recobrar su fuerza le bastaba traer á la memoria los motivos de su retiro por medio de estas pocas palabras: *Bernardo, ¿á qué has venido aqui?* Nada le era gravoso á escepcion del cuidado que se le hacia tomar de su cuerpo; y en especial la mesa le parecia el mas penoso de todos los ejercicios. La guarda de los sentidos, los ojos en par-



ticular, era tal en él, que al cabo de un año de noviciado ignoraba si el cuarto donde le había pasado estaba embovedado ó á cielo raso, ó si era un simple techo de tablas. Ni la delicadeza de su complexion, ni las grandes incomodidades causadas por la abstinencia le hicieron jamás aflojar en la observancia regular; y si alguna vez sus fuerzas no le permitian entregarse á los trabajos mas pesados, compensaba con la humildad el mérito de la mortificacion, reservando para sí los ejercicios mas viles y despreciables. Sus devotas conversaciones, y aun mas sus ejemplos, inspiraron el mismo espíritu á todos sus compañeros.

El Cister, tan largo tiempo estéril, debía sin duda adquirir una dichosa fecundidad con unos frutos de tanta edificacion. En menos de tres años se hizo madre de cuatro hijas, que lo fueron despues de otras muchas. En el mismo año del retiro de San Bernardo, para dar asilo á los pretendientes que seguian en tropel sus huellas, fué establecida la abadía de la Ferté en la diócesis de Chalons del Saona, por las liberalidades de dos señores del pais, llamados Goderico y Guillermo. Hildeberto, canónigo de Auxerre, fundó en el año siguiente otra abadía llamada de Pontigni, en una tierra de este nombre que le pertenecía en Champaña junto á los confines de la Borgoña; y en fin, al tercer año de la feliz llegada de Bernardo se vió fundar en Langres casi á un mismo tiempo las dos abadías de Claraval y de Morimon (1115).

La tierra dada por Hugo, conde de Champaña, para edificar en ella la abadía de Claraval, se llamaba antes el Valle de Ajenjo, y tomó con razon el nombre de Valle Ilustre (*Clara Vallis*); pero este esplendor fué todo evangélico, porque en los principios no tuvo el brillo arrogante del siglo, ni el regalo de los sentidos. Bernardo, que no tenia mas que veinte y cuatro años de

edad y uno de profesion, fué su primer abad, y bajo un gefe jóven que habia concebido tanto horror al mundo, y que respiraba todavía todo el heroismo de su primer sacrificio, los edificios, los vestidos, la mesa, todo tomó el gusto y aspecto de la pobreza y de la abnegacion. El mismo estaba tan pobremente vestido, y además tan desfigurado por las austeridades, que habiendo ido á Chalons á recibir la bendicion abacial del obispo de aquella Silla por estar enfermo el de Langres, todos le estaban viendo y preguntaban donde estaba el abad.

De Claraval, que era al principio pobre en estremo, hizo una perfecta imágen de la Tebaida: los nuevos solitarios se mantenian con pan mezclado de cebada, algarroba y mijo, y comunmente se veian reducidos á cocer hojas de haya para hacer su potage. Todo esto afectó, hasta hacerle derramar lágrimas, á un monge extranjero que pasó por allí, y selló un pedazo de aquel pan para manifestarle á todo el mundo, y comunicar así á los mas indiferentes la admiracion que le habia causado el espectáculo de una austeridad tan extraordinaria en sujetos de un mérito tan singular. Tenian repartido todo el dia entre la oracion y el trabajo de manos, el que desempeñaban con el mas profundo silencio; y cuando la calma de la noche habia sucedido por todas partes al ruido y al tumulto, entonces era cuando ellos hacian resonar con mas aparato los lamentos de su compuncion y las alabanzas divinas. La mayor parte de la noche la pasaban en este ejercicio angélico, y no concedian algunas horas al sueño, sino deplorando la humana flaqueza que los precisaba á tan penosa condescendencia.

El santo abad especialmente casi no tomaba reposo alguno; mirando como un tiempo perdido todo aquel que se veia precisado á conceder al sueño, y de este modo

pudo proporcionarse tiempo para adquirir aquella profunda doctrina, aquella tiena y patética elocuencia, y aquella hermosura de dición que en un tiempo todavía bárbaro le igualaron á los doctores de la edad mas floreciente. En todos los momentos que tenia libres, estaba continuamente aplicado á orar, ó á leer y meditar; pero aunque leyese con humildad los escritos de los Padres y de los intérpretes, lo que él estudiaba principalmente era la Sagrada Escritura en su mismo testo, leyéndola y releyéndola muchas veces de seguida; y penetrado enteramente de aquellas nociones celestiales, las meditaba despues durante el trabajo, en medio del campo y de los bosques, por lo que solia decir que sus maestros habian sido las hayas y las encinas.

Guillermo de Champeaux, obispo entonces de Chalons, fué el primero que supo apreciar, ó por lo menos hacer recomendable al ilustre abad de Claraval; pues desde el primer instante que le vió para darle la consagracion abacial, se sintió penetrado de veneracion hácia él, y desde entonces permanecieron siempre los dos unidos en estrecha amistad (1). La estimacion de tan gran prelado atrajo bien pronto al nuevo abad la de toda la provincia de Reims, y despues la de toda la Francia. Guillermo nacido en Brie en el lugar de Champeaux, cuyo nombre tomó segun la costumbre de aquel tiempo, no ilustró menos su patria por su eminente piedad que por su habilidad en las ciencias y su celebridad en las escuelas: enseñó largo tiempo la retórica, la dialéctica y la teología á gran número de discípulos atraidos á París de todas las regiones. Los celos y la presuncion de uno de ellos, llamado Pedro Abelardo, y las ventajas que este alcanzó contra el sistema de tanta importancia entonces de la existencia

metafísica de una naturaleza universal, no disminuyó en nada la celebridad de Guillermo en cuanto á la ciencia de la religion; y aun dió éste una coleccion de sentencias teológicas que fué tan estimada, que empujó en esta carrera á Pedro Lombardo, llamado despues el maestro de las sentencias.

No obstante, despues de su célebre disputa con Abelardo sobre los Universales, dejó su cátedra, y se retiró seguido de algunos de sus discípulos á la celda ó priorato de San Victor, á alguna distancia de Paris, que apenas era todavía mas que lo que hoy se llama la ciudad, y tomando el hábito de canónigo regular, dió origen á la congregacion de San Victor. Algunos autores modernos (2), citando vagamente á los antiguos, han hecho sospechar que no habia abrazado la profesion religiosa sino con el fin de llegar mas fácilmente al episcopado; pero todos estos supuestos testimonios se reducen al de Abelardo, cuya envidiosa vanidad le quita toda la fuerza. Guillermo, á petición de sus discípulos y á solicitud de los prebendados mas estimados, volvió á emprender el curso de sus lecciones en San Victor, de cuyo establecimiento hizo al mismo tiempo una escuela célebre de ciencias eclesiásticas y de virtudes religiosas. La justa estimacion que se llegó á formar de su piedad, igualmente que de su capacidad, fué lo que despues de largas pruebas le elevó á la Silla de Chalons (1115). Su intimidad constante con San Bernardo bastaria por sí sola para responder de sus cualidades episcopales y religiosas.

El retiro de San Godofredo, obispo de Amiens, aunque no pudo al cabo verificarse, no causó menos edificacion (2). Habia sido necesario hacerle violencia para sacarle de la abadía del Monte de San Quintin y ha-

(1) Hist. Pat. 11, cap. 7 et 9.

(2) Vit. ap. Sur. 8 Novembr.